

cuadernos del inadi 12

www.cuadernos.inadi.gob.ar

noviembre 2015

Néstor García Canclini

Entrevista

Luis Alberto Quevedo

Entrevista

Tzvetan Todorov

Entrevista

Poemas

Agustini / Vaz Ferreira / Benedetti / Zitarrosa

Sobre megalópolis del sur

Néstor García Canclini

Entrevista de Michael Thoss

¿Qué tipo de lecturas y qué factores son los que pueden, hoy en día, descifrar una ciudad como México, una megalópolis del sur?

Existen muchas lecturas de la ciudad de México. Por ejemplo, hay posibilidad de pensar en una ciudad vista por los sociólogos, como si uno fuera por las autopistas captando los grandes trazos, las avenidas principales, las grandes tendencias del desarrollo urbano; algo semejante sería lo que hacen los urbanistas. En cambio, los antropólogos suelen quedarse en el barrio, a veces, en una sola calle y demorarse en las peculiaridades interculturales, en los distintos modos de afirmar identidades y de construir imaginarios. Por otro lado, los especialistas en comunicación masiva suelen mirar la ciudad como desde un avión, como si trataran de reconstruir el conjunto de esas redes, en gran parte invisibles, que nos ponen en relación dentro de la ciudad, y a la ciudad con la nación y con el mundo.

Diferentes sectores sociales los situamos dentro de la ciudad de maneras distintas. Una megalópolis como la ciudad de México tiene una historia de siete siglos. Desde antes de que llegaran los colonizadores españoles, ya había una ciudad que se llamaba Tenochtitlán y sobre la cual se edificó en parte destruyendo, y en parte utilizando las mismas estructuras, una ciudad colonial. Luego se desarrolló en el entorno, una ciudad más moderna y más recientemente, una ciudad industrial, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX. Siguió una ciudad que podemos llamar postindustrial, de servicios de televisión, de empresas transnacionales mexicanas como Televisa, o también de otros países, como Hewlett-Packard que están instaladas en la Ciudad de México. Estas diferentes ciudades no se sustituyeron una a la otra sino que coexisten armando un tejido híbrido y complejo, que de hecho, los habitantes compartimos en sus distintas temporalidades cada día. De manera que uno puede elegir una de estas temporalidades, puede (..) tratar de entretejer estas distintas lecturas y escuchar lo que actores muy diferentes nos dicen sobre la ciudad. Por ejemplo, en una investigación que hicimos sobre las representaciones que hacen los que viajan por la ciudad de México, encontramos que son muy distintas las percepciones y comprensiones de los taxistas, de las madres que llevan niños a la escuela, de los policías de tránsito, de los repartidores de alimentos, de los estudiantes que viven lejos de sus escuelas o universidades o de los mendigos. No es posible elegir una o dos de estas lecturas como las más válidas, ni tampoco, es fácil combinar tantas lecturas; de algún modo, el esfuerzo con que tratamos de comprender la ciudad es escuchando esa diversidad de discursos e imaginar, junto con los factores sociales, como coexiste esta diversidad.

¿Qué tipo de compartimentos o estratificaciones sociales suelen coexistir dentro de un mismo barrio en México D.F.?

Existen algunos barrios con un perfil económico y sociocultural distinto, por ejemplo, Las Palmas o Santa Fe. Son barrios construidos, el primero a mediados del siglo XX, y el segundo, durante las últimas décadas, y que han segregado a la población popular e incluso a los sectores medios. Hay otros barrios o zonas mucho mayores, por ejemplo, un barrio como Iztapalapa que tiene casi tres millones de habitantes y que reúne preferente sectores populares y a veces de clase muy baja, pero en general, la mayor parte de la Ciudad de México entremezcla sus sectores sociales. Uno puede pasar en pocas calles de la

clase alta a la clase baja, de un mercado popular a boutiques sofisticadas, de zonas más seguras a otras peligrosas. En este sentido el urbanismo de la Ciudad de México, como el de otras ciudades latinoamericanas es distinto del urbanismo de los Estados Unidos, y en parte del europeo, pero sobre todo del de las ciudades de Estados Unidos. Éste muestra una fragmentación multicultural en donde se adjudican territorios claramente diferenciados para cada etnia, los norteamericanos en un barrio, los chicanos en otro, o los puertorriqueños en lugares diferentes. En Ciudad de México hay algunas zonas con preferente habitación de emigrantes, como los oaxaqueños, o los chiapanecos, pero en general hay un entreveramiento, un entremezclamiento...

¿Cómo funciona esta interculturalidad para que sea más que la multiculturalidad que encontramos en EE.UU?

Funciona de un modo muy complejo, porque yo diría que funciona con más capacidad de convivencia que muchas otras ciudades que han sido estructuradas parecidas, o que aquellas que internamente oponen unas etnias a otras. En México ha habido un proyecto nacional desde comienzos del siglo XX, que surgió inmediatamente después de la revolución y que trató de construir, a veces con violencia e imposición, una sociedad nacional cohesionada. En estos últimos años, con las luchas indígenas, de movimientos sociales urbanos y de jóvenes de estudiantes, ha habido afirmaciones fuertes de las diferencias e intentos sociales y políticos de lograr reconocimiento para esas diferencias. En alguna medida se han logrado éxitos, sobre todo en los últimos años. Desde mediados de la década del noventa, los habitantes de la ciudad de México podemos elegir nuestros propios gobernantes, porque antes, como en muchas otras capitales, el gobernador de la ciudad era elegido por el presidente del país, ahora elegimos a nuestro jefe de gobierno de la ciudad y también a cada jefe de las 16 delegaciones en que está dividida la Ciudad de México. Elegimos la cámara de diputados, de representantes de la población y esto ha creado un poco más de participación, no toda la deseable como para exponer el funcionamiento de este sistema, pero sin duda, ahora hay mayores posibilidades de control sobre la gestión pública.

¿Y esta interculturalidad se refleja en los resultados electorales?

Sí, porque de hecho, los tres partidos principales tienen una distribución de votos relativamente equitativa, pero con predominio del PRD (Partido de la Revolución Democrática), que es el partido de centro-izquierda, con una participación más alta que los otros dos grandes partidos que son el PRI (Partido de la Revolución Institucional) y el PAN (Partido de Acción Nacional). El PAN, a su vez, tiene la presidencia de la nación, de manera que la presidencia del país y la del gobierno de la ciudad ya están expresando una diferencia política, que en cierto modo también es cultura política. Por supuesto, esa heterogeneidad se aprecia también en la composición del parlamento, del congreso de la Ciudad de México, e inclusive en las identidades de las diferentes delegaciones dentro de la ciudad. Es decir, en esta ciudad de 16 delegaciones distintas, no todos los jefes de delegación pertenecen al mismo partido.

¿Hay una participación de los indígenas en el proceso político de México D.F.? ¿Juegan ellos en el contexto urbano algún papel de importancia?

Hay que decir que los indígenas en la Ciudad de México son minoría como población reconocidamente indígena, a discusión sobre las cifras. Me parece que las estimaciones más confiables son las que hablan de un medio millón de indígenas,

aproximadamente. Toda la Ciudad de México, el Distrito Federal, propiamente dicho, tiene más o menos ocho millones y medio de habitantes y el entorno metropolitano, el conjunto de los veintisiete municipios asociados al Distrito Federal, tiene otros diez millones y medio más de habitantes. En todo este conjunto, los indígenas sólo llegan al medio millón aproximadamente; pero la presencia indígena se manifiesta de muchas otras maneras. Por una parte, como herencia histórica, la importancia del Templo Mayor y de otros emblemas históricos y monumentos, son presencias todavía muy reconocidas en la vida urbana contemporánea. Por otra parte, con la frecuente llegada de manifestaciones sociales y políticas de provincias indígenas, como se vio notoriamente cuando los zapatistas realizaron la marcha indígena, que no fue sólo realizada por zapatistas, sino que sumó indígenas de otros estados y llegaron a la Ciudad de México para reclamar una ley que les diera autonomía en sus territorios. Luego ha habido un reconocimiento hasta en el discurso oficial, aún cuando esto es bastante contradictorio con los actos del gobierno y del parlamento. Pero sí, hay múltiples manifestaciones del reconocimiento a los indígenas. De hecho, los indígenas no están sólo en los estados con alta población indígena, sino esparcidos por todo el país. Llegan hasta la frontera norte donde no hay una fuerte tradición de grupos indígenas, porque eran más bien nómades, pero después han llegado grandes conjuntos poblacionales que suben del centro del país y que se han instalado también en el norte. De manera que el indígena forma también parte del modo de pensar el espacio en las ciudades, de habitarla: en la construcción de casas, en los gustos alimenticios o en la vestimenta, aunque México es una ciudad predominantemente moderna e integrada a la globalización tiene fuertes marcas de esta herencia histórica.

Ahora que estás aquí en Berlín [lugar donde fue realizada la entrevista] ¿cuáles son para ti las diferencias más flagrantes entre las dos ciudades? ¿Verías en México D.F. de algún modo la continuidad o el fracaso de una visión urbana de la modernidad del hecho que se dio por algún tiempo, de tomar la ciudad europea como un modelo a seguir en algunas ciudades de América Latina?

Sintéticamente diría que hay ciertas coincidencias. Las dos ciudades son muy multiculturales. Son en parte ciudades de frontera, aunque en sentidos distintos. Berlín es una ciudad que está situada entre la parte occidental y la oriental de Europa, y aunque Ciudad de México está a dos mil kilómetros geográficos de la frontera con América del Norte, es una ciudad que tiene una relación muy intensa con los Estados Unidos. De la Ciudad de México sale la mayor parte de los emigrantes mexicanos que van a los Estados Unidos, más que de otras regiones de México. Por otro lado, hay una gran cantidad de mensajes y de material simbólico que llega de Estados Unidos, y también de otros países de América. En Ciudad de México hay muchos inmigrantes centroamericanos y sudamericanos que hemos venido de otros países latinoamericanos y vivimos la Ciudad de México e interactuamos por lo tanto con la cultura mexicana. Algo similar podría verse que ocurre en Berlín. Pero hay diferencias también muy fuertes entre las dos ciudades, porque se ubican en proyectos nacionales muy distintos y en historias de conflictos sociales e interculturales muy diferentes, pero sobre eso hablaremos más detenidamente en octubre.

Néstor García Canclini nació 1 de diciembre de 1939 en La Plata, Argentina, y desde 1976 reside en México. Antropólogo, es investigador emérito del Sistema Nacional de Investigadores dependiente del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) de México.

Agradecimiento a <http://www.mexartes-berlin.de/esp/02/canclini.html>

Educación, igualdad y nuevas tecnologías

Luis Alberto Quevedo

Entrevista

¿Cómo impactan las nuevas tecnologías en el aula?

En primer lugar, existe una realidad socioeconómica y política muy atravesada por el desarrollo de las tecnologías. En la historia de la humanidad, las tecnologías han sido protagonistas de los cambios sociales, de la organización del trabajo y del mundo de la política. En lo que nos interesa en particular, la escuela como organizadora del conocimiento, y de las maneras en que se produce, circula y se transmite ese conocimiento entre distintas generaciones, la tecnología es un vector importante, pero no el único.

La percepción del mundo ha cambiado y los ciudadanos son conscientes de esto. Las nuevas tecnologías muestran el mundo de una manera diferente:

como en su momento lo hicieron Galileo Galilei y las ideas renacentistas que dieron origen a la modernidad, y a una primera etapa de globalización. Hoy, Google Earth produce y acerca una realidad distinta. Entonces los fenómenos socioculturales resultan extremadamente complejos, con procesos a distintas velocidades, donde la gente tiende a aceptar algunas cosas y otras no.

Todo esto se juega de manera muy dramática en el campo de la educación. Es casi inevitable que la socialización de los jóvenes se produzca en entornos tecnológicos prácticamente desconocidos veinte años atrás. Este impacto genera cimbronazos en la escuela y en sus dispositivos, estructuras, formatos, maneras de preservar y transmitir saberes, y autoridad. Creo que estamos en el medio del bigbang y esto es muy difícil de administrar: los docentes, los alumnos, las instituciones, la legislación, estamos todos desorientados. En esta explosión, se registran fracturas que desconocemos. Escuelas que, con cierta velocidad, incorporan las nuevas tecnologías, y otras que todavía deben resolver problemas del siglo XIX, a la vez que enfrentan los desafíos del siglo XXI. Estos desfases se viven muy dramáticamente en la Argentina, en América latina y en el resto de los países del mundo. Lo que estamos atravesando hoy es un sistema complejo de reestructuración del saber, de la validación y transmisión de los conocimientos y con interrogantes sobre la autoridad.

¿Cuál es el principal desafío del docente en este contexto de incertidumbre?

El desafío más grande es desaprender ciertas estrategias de enseñanza que se manejaban y aprender otras maneras de organizar el evento pedagógico. Desde hace más de quince años, dicto clases teóricas de sociología en la UBA, donde sólo uso la tiza y el pizarrón. Si la universidad equipase el aula con pantalla virtual, conectividad, una computadora y terminales

en red, ¿estoy capacitado para modificar mis clases? De un día para el otro, no. Porque antes debo desaprender mis estrategias clásicas y aprender otra manera de organización y exposición. Y debo distinguir cuándo usar la tecnología y cuándo apagar las máquinas.

La desventaja del docente del siglo XXI, ¿es enseñar saberes que no todos los profesores poseen y que sus alumnos ya incorporan naturalmente?

A mí no me gusta la distinción entre nativos e inmigrantes digitales, porque no necesariamente los jóvenes son tan alfabetizados digitalmente ni los adultos tan analfabetos. Todo es parcial. Los chicos saben usar las redes sociales, jugar, bajar música, videos, películas. ¿Eso es lo que tiene que saber un docente? Estrictamente no. Puede saber todo eso, pero en realidad tiene que saber otras cosas como manejar estrategias de enseñanza aprendizaje, con tecnología para la lectoescritura, la matemática, las ciencias. Si además sabe utilizar los otros saberes, podrá posiblemente enriquecer su tarea.

Pero no confundamos el manejo de las herramientas con los procesos de enseñanza. El rol del docente siempre estará ahí para transmitir conocimientos, colaborar en la distinción de lo importante y lo aleatorio, para jerarquizar los saberes, para organizar el enorme reservorio de información que es Internet. Las nuevas tecnologías, ¿desplazaron a la escuela como escenario central de acceso al conocimiento? Existe una primacía de los medios de comunicación en la producción, circulación y consumo de la información, pero el espacio central del conocimiento y el aprendizaje sigue siendo el sistema escolar.

Un medio me puede brindar muchos datos, pero no me enseña a resolver el binomio de Newton o conocer en profundidad la geografía económica de un país. Los medios de comunicación no pueden validar el conocimiento. En sentido amplio, la escuela como etapa de formación, desde el nivel inicial al universitario, se erigió entre los siglos XIX y XX como el lugar privilegiado de acceso al saber, el conocimiento, la información. Lo hizo en una escala jerarquizada determinada, en una relación vertical entre docente y alumno, con un acuerdo tácito en que las fuentes de saber eran el libro y el profesor, y en que el estudiante asumía una responsabilidad personal en ese proceso de aprendizaje. Muchos de estos supuestos están quebrados y cuestionados, pero la escuela se mantiene como el escenario donde esos dilemas y tensiones pueden procesarse. No hay otro lugar que la reemplace y, sobre todo, que acredite conocimiento como lo hace ella. Las nuevas tecnologías han puesto en tensión la idea clásica de que los ancianos tienen el saber, y los jóvenes, la vocación de aprendizaje. Hoy, nuevas tecnologías de por medio, estamos ante un hecho inédito en la historia de la humanidad: la experiencia de que los más jóvenes le enseñen a los más ancianos. En las redes sociales había un grupo que se llamaba "estoy harto de enseñarle computación al abuelo". Allí los adolescentes se contaban las dificultades de aprendizaje de los adultos mayores, uno de los segmentos que más han incorporado las nuevas tecnologías en los últimos años. Debemos conocer también el fenómeno de enseñar el uso de las nuevas tecnologías a la tercera edad, con otras dinámicas, lógicas, intereses y demandas. Las políticas públicas tendrían que abordarlos.

¿El uso de las nuevas tecnologías traerá aparejado un proceso de enseñanza y aprendizaje más horizontal, en contraposición con el modelo clásico verticalista?

Sólo relativamente. Es verdad que el lugar clásico del alumno y el docente están en crisis, pero en todo proceso de aprendizaje

siempre habrá saberes distintos, habrá alguien que evalúe y otro a ser evaluado. ¿Puede desaparecer la escuela? Sí, porque es una institución joven que apenas tiene doscientos años, y en la historia de la humanidad existieron muchas y diferentes maneras de reproducir ese sistema de enseñanza y aprendizaje.

Sin embargo, mientras la escuela exista como tal, deberemos transformar su estructura de funcionamiento, sin perder de vista que siguen existiendo relaciones de autoridad, y que los jóvenes y los docentes ocupan diferentes lugares en el sistema educativo. La problemática referida a la autoridad es previa al surgimiento de las nuevas tecnologías, y que hoy esté en jaque no fue provocado por ellas. La autoridad toda –en la política, en las instituciones, en la familia– está en crisis porque vivimos en una sociedad que, desde la revolución francesa, impuso el funcionamiento del principio de igualdad. En el siglo XIX, Alexis de Tocqueville anticipó que este principio de igualdad haría estragos en la sociedad jerárquica de su tiempo, y que cambiaría la historia de occidente. Y tuvo mucha razón, porque el movimiento por la igualdad no se contentó con disolver los privilegios por nacimiento o por acumulación de riqueza, sino que fue por más: el principio igualitario siguió funcionando también en otros sistemas, como el educativo, que supone diferenciación de roles y donde debemos pensar la diferencia. Hoy, diría Tocqueville, tenemos a un chico sentado en el aula, que se cree en condición de igualdad respecto del docente. En ese desafío entonces estamos hoy: en el difícil equilibrio de reponer autoridad en el docente y, al mismo tiempo, de saber escuchar la palabra de los alumnos.

Luis Alberto Quevedo nació en Rivera, Uruguay, 23 de febrero de 1953. Es sociólogo, profesor, investigador y especialista en medios de comunicación. Es Profesor Titular regular por concurso en la carrera de Sociología de la UBA (Universidad de Buenos Aires). Entre 1998 y 2005 fue secretario académico de la FLACSO (sede Argentina). En 1984 se nacionalizó argentino. Actualmente reside en Buenos Aires.

Se reproduce con autorización de <http://www.oei.es/conectarigualdad.pdf>

La memoria tiene una potencia que la historia nunca alcanza

Tzvetan Todorov

Entrevista de Daniel Gascón

Ha escrito que “la memoria es necesaria, pero no es suficiente”. ¿Por qué es necesaria y por qué no es suficiente?

Es necesaria porque estamos hechos, individual y colectivamente, del pasado, de lo que hemos vivido. Construye nuestra identidad. La esencia proviene de la existencia. No es suficiente porque no sabemos qué uso vamos a darle: puede ser bueno o malo. La memoria puede servir al mal y ser totalmente nefasta para nuestro desarrollo. No me sumo a la idea de que hay un deber de memoria. No puede haberlo, porque en sí la memoria no es buena. En una fábula de Esopo se dice: ¿Qué es lo mejor del mundo? La respuesta es: la lengua, porque se pueden decir cosas muy hermosas. ¿Y cuál es la peor? La lengua, porque se pueden decir cosas horribles. Con la memoria ocurre algo parecido: puede ser buena o mala en función del uso que le demos. Hitler, por poner un ejemplo de la “encarnación del mal”, estaba obsesionado con la memoria. Animaba al pueblo alemán a pensar todo el tiempo en el tratado de Versalles. Ese recuerdo nutría el espíritu de venganza. Toda educación nacionalista quiere recordar las páginas gloriosas del pasado pero también los momentos en que otro nos ha hecho daño, para alimentar el espíritu de venganza. Se cita a menudo la frase de Santayana que dice que los pueblos que no conocen su pasado están condenados a repetirlo. La frase solo expresa una media verdad, porque parece indicar que el pueblo que recuerda su pasado no lo va a repetir. Pero no hay ninguna garantía de que vaya a ser así. Hitler recordaba muy bien la derrota de la Primera Guerra Mundial y eso era una razón suficiente para desencadenar la Segunda

¿Cómo sería el buen uso de la memoria?

Con el malo me refiero a ese abuso, a realizar reivindicaciones en nombre del pasado como si constituyeran una justificación. Existe un deber de verdad o un deber de justicia, y la memoria es buena cuando sirve a esos deberes. No es buena cuando sirve a la venganza, la agresión, la violencia. David Rieff dice que no hay que recordar porque la memoria nos condena a la victimización y al rencor. Quizá sea excesivamente sistemático, pero ese uso es posible. En sí, la historia no tiene sentido. Somos nosotros, los intérpretes de hoy, quienes le hacemos decir una cosa u otra. Es bueno conocer la historia, pero el sentido que sacamos de ella depende del presente y no del pasado.

Ha escrito que la oposición entre memoria y olvido es tramposa.

No se trata de que el olvido sea preferible a la memoria o al revés. La memoria está hecha de la conservación y la eliminación del pasado. El olvido es una parte integrante de la memoria. Recibimos una cantidad de información infinita, a través de los sentidos, del lenguaje, de todos los sistemas de signos, y hacemos una selección inmediata. Escogemos lo que tiene

cierta importancia y lo organizamos de una manera determinada. Hay una selección y una jerarquización; hacemos una construcción mental. Olvidamos por necesidad, si no sería imposible: un internet, un *Funes el memorioso*. Sin olvido no hay memoria. La memoria es el pasado filtrado y reconstruido. En La escritura o la vida Semprún dice que, si no hubiera podido olvidar su experiencia de los campos, no habría sobrevivido. Habría quedado atrapado en el horror de esa experiencia. Sin embargo, al final de su vida, sus últimos libros hablaban de Buchenwald, de cómo había sobrevivido, de si había en ello una culpabilidad o no. Al final de su vida era necesario, en 1950 tenía que olvidar. Y en cierto modo fue general. En Europa no se estudió mucho la Segunda Guerra Mundial entre 1945 y 1960. Había cierto regocijo en cómo se había sobrevivido. Solo después hubo una nueva interrogación de la memoria, como si hiciera falta que pasara una generación. Ocurre a menudo. En los países de Europa oriental también se quiso pasar página tras la caída de los regímenes comunistas. Ahora hay un orden, que llega del poder, que exige no tocar mucho el pasado, porque se piensa que eso debilita a los países. No creo que sea así. No obstante, también después de la Segunda Guerra Mundial De Gaulle intentó elaborar una leyenda dorada y presentar al pueblo francés como un pueblo resistente, batallador, solo marginalmente involucrado en la Ocupación. Su preocupación era pedagógica, no histórica. No buscaba poner en evidencia las debilidades de Francia. Prefería hablar de Juana de Arco y de la Resistencia.

¿Tendría que ver el buen uso con la distinción entre memoria ejemplar y memoria literal?

No, eso es algo más técnico. Hay que partir de la memoria literal. Luego es mejor trasladarla, generalizarla, para combatir la injusticia y no limitarnos a defender nuestra propia memoria, nuestro pueblo o nuestra personalidad. Conviene desconfiar de los usos de la memoria que nos van bien, personal o colectivamente, porque en realidad todo pueblo, como todo individuo, tiene en su historia páginas negras y páginas gloriosas y no hay que reducir el pasado a un solo elemento. Pero hay una gran tentación de atribuirse un papel positivo en el pasado. Hay dos grandes papeles favorecedores: por un lado está el héroe; por otro, la víctima. Últimamente el papel de la víctima ha cobrado mucha relevancia, lo que resulta paradójico. Nadie quiere ser víctima, pero se quiere pertenecer simbólicamente al grupo de las víctimas, porque eso te abre una especie de línea de crédito infinita, inagotable. Siempre puedes realizar una reivindicación en nombre de la injusticia pasada. Lo vemos en la vida privada: alguien cercano que, como ha sufrido una injusticia, siempre puede pedir reparaciones a los demás. Es probable que, con la misma frecuencia, uno sea héroe o víctima o beneficiario impotente de la ayuda de otro, o incluso el verdugo o al menos el malhechor. Hay que aspirar a una historia que escape al maniqueísmo e intente arrojar una mirada crítica y lúcida sobre el pasado de nuestra comunidad. Es también la historia que se debe enseñar. Es útil contar la historia de cuando nuestra sociedad se enfrentó a otra y sobre todo hacerlo desde el punto de vista de los otros. En Francia se cuenta el episodio napoleónico como una página gloriosa, pese a todo. Pero sería útil contar las campañas desde el punto de vista español, alemán o ruso. Lo mismo ocurre con el colonialismo. Ahora somos críticos con nuestro pasado y ya no se elogia ese periodo, pero sería provechoso comparar la visión que tenían los franceses del siglo XIX cuando estaban conquistando África occidental y África del norte con la visión de los vencidos. Trabajé sobre la visión de los vencidos en la conquista de México. Así se muestra que las buenas intenciones de una época pueden producir muchas desgracias. Siempre hay distintos puntos de vista sobre todas las páginas de la historia.

¿Cómo debe un país afrontar su pasado?

La buena manera de tratarlo es evitar que sirva a un objetivo inmediato. No se busca bien la verdad si ya sabemos cuál es. Hay que aspirar a un enfoque imparcial. Aunque ser totalmente imparcial es imposible, podemos al menos tender hacia ese ideal. Hoy, en Francia, se plantea a menudo la pregunta de cómo se puede enseñar historia en una clase donde hay niños que vienen de todo el mundo. ¿Cómo se les puede hablar de “nuestros antepasados los galos”, según la fórmula clásica? Esos niños vienen de Marruecos, de Senegal, de Mali, de Vietnam. Podemos enseñarles el espíritu cívico, una lealtad hacia el Estado en el que viven, sostenida por una forma de contrato social, pero también a mantener la lucidez sobre la identidad de este Estado conservando una mirada constantemente crítica. Eso no significa hablar mal de tu país, sino estar dispuesto a salir del maniqueísmo. Si hay una lección que la historia debería enseñar es que todo el bien y todo el mal nunca están del mismo lado, sino que hay siempre una complejidad.

Hay un asunto más concreto, que es cómo tratar tal o cual traumatismo del pasado.

Los países comunistas intentaron, tras la caída del sistema, realizar procesos judiciales. No salió nada bien. En Bulgaria, se procesó al jefe de Estado, que había tenido el poder 35 años, había sido primer secretario del partido, presidente, etcétera. Pero ¿juzgarlo por qué, exactamente? Se tenían que encontrar las leyes que había violado del tiempo en el que vivió. Si se escribía una nueva ley, sería injusto condenarlo en nombre de una ley que no existía en la época. Finalmente, se descubrió que usaba muchos coches y llevaba una vida lujosa. Era ridículo, cuando el país había estado lleno de campos de reeducación y de colonias penitenciarias. Pero todo eso estaba inscrito en la ley. Él se encarnaba en el poder, pero el poder se encarnaba también localmente en muchas personas. En otros países, como Polonia o Hungría, se ha buscado considerar ciudadanos de segunda clase a quienes participaron en el poder. No me parece una buena solución, porque implica que era posible ser un héroe, alguien que se comporta de forma admirable en toda circunstancia. Pero el totalitarismo duró decenios, y sencillamente no era posible rechazar participar en el mundo en que uno vivía. Nadie que viviera fuera de la prisión en los países comunistas se libraba de hacer concesiones al poder. Imagino que ocurriría algo parecido en España con Franco, aunque no fuera un régimen totalitario sino autoritario, militar al principio. La fuerza estaba en un lado y había una obligación de adaptarse. No se puede condenar a todos los demás como si hubiera existido la obligación moral de arriesgar tu vida y la de tus seres queridos, porque eso podía extenderse con facilidad. Es mejor una especie de confesión colectiva de la que se encargarían los historiadores y el mundo político o los que detentan el poder mediático. Es necesario contar lo que ha ocurrido. No es necesario haber sido un héroe. Hay un viejo precepto cristiano que dice: hay que condenar el pecado y perdonar al pecador. Existe una versión modernizada: odia el delito y compadece al delincuente. Las comisiones de la verdad y la reconciliación que han existido en varios países son una mejor respuesta que la apertura de procesos por haber tenido el poder o haber estado demasiado cerca de él. Eso no impide que pueda haber procesos sobre crímenes específicos cometidos en esa época. Pero no por no haber estado en la oposición: sería tanto como pedir un pueblo de héroes, y eso simplemente no existe.

¿Cuál es la relación entre memoria e historia?

Son complementarias. Cuando se dice que la memoria se opone a la historia o viceversa, se quiere decir que la memoria

es una cosa personal, individual, subjetiva, que se funda sobre la experiencia vivida. Los franceses de Argelia que se fueron en 1962 tienen un recuerdo traumático porque son sus familias las que hicieron las maletas y se subieron al barco para huir. En cambio, aunque la historia no es objetiva, porque la actividad humana no puede reducirse a la objetividad, pero sí intersubjetiva: tiene en cuenta la pluralidad de puntos de vista. Si hablamos de la partida de los colonos franceses de Argelia, situamos ese acontecimiento en relación a la colonización, a la experiencia del pueblo argelino, a la legislación que regía las relaciones entre las dos comunidades, a la posibilidad o no de encontrar otra solución. Se contextualiza el acontecimiento y se elabora un relato colectivo y no uno fundado por la memoria individual. La memoria tiene una potencia que la historia nunca alcanza porque la primera se funda sobre una vivencia interior, mientras que la segunda busca objetivar en la medida de lo posible y no descansa en el relato del individuo sino en el acopio de datos históricos y cifras que permiten probar que la situación era así, pero no dicen cómo la vivía la gente. Necesitamos las dos. Hay libros como *La destrucción de los judíos europeos*, de Raul Hilberg, y luego está Primo Levi que cuenta su experiencia. La fuerza de su relato viene de que estamos ante un individuo que nos cuenta lo que vivió. Los que no conocemos el pasado nos podemos aprovechar de uno y de otro. Los novelistas se acercan al punto de vista de la memoria. Deben tener nociones de historia, pero también tienen que saber cómo se han vivido las cosas desde el interior y ahí la memoria es fundamental. La memoria es una de las fuentes de los historiadores pero no la única, porque es infiel. Reconstruimos y nos atribuimos un papel que no es el que tuvimos, sino el que habríamos querido tener. No basta con quedarse solo con la memoria, pero tampoco con la historia, porque hay páginas de la memoria que nos dan una visión que no se encuentra en los libros de historia. Para mí la historia debe ser el cuadro global y la memoria debe estar dentro para alumbrarla de cerca. Hay una gran luz en la calle, pero también necesitamos una pequeña luz, quizás una vela, en una esquina, que va a iluminar de otro modo un rincón minúsculo del mundo y puede conmovernos de manera profunda.

¿Cuál es la relación entre el arte y la memoria?

Los artistas y los escritores son mucho más responsables de cómo conocemos el pasado que los historiadores. Un novelista que cuenta bien un episodio puede tener mucha más influencia que un historiador que escribe de manera aburrida sobre el mismo acontecimiento. *Guerra y paz* presenta una visión extremadamente influyente de la guerra contra Napoleón. Javier Cercas escribió *Soldados de Salamina*, una novela muy lograda que nos impone una visión de la Guerra Civil española; otras nos imponen otra. *La noche de los tiempos* de Antonio Muñoz Molina ofrece una visión muy compleja y matizada de la contienda. Como aún estamos en una democracia, no podemos decir cómo hay que escribir, como se hacía en Bulgaria, donde se pedía a los escritores que contaran la historia mostrando que los comunistas siempre habían sido los mejores amigos del pueblo. Pero hay una cierta justicia que aporta el tiempo. Si el autor ha logrado seducirnos pero su visión no tiene una verdad profunda, pierde su impulso con los años. Esa prueba del tiempo indica, de manera algo cruel, que tal autor o tal pintor ha tocado una verdad profunda de la historia o del ser humano. Por eso siglos más tarde lo seguimos leyendo. Por eso seguimos mirando los grabados o los cuadros de Goya o de Rembrandt: de manera intuitiva sabemos que hay experiencias de ese tipo que un protocolo científico no puede probar, pero contienen una parte importante de verdad sobre nosotros. No se puede obligar a los escritores, pero hay que ser consciente de que existe una responsabilidad del talento o del genio. Esa capacidad de acceder al público, de convencerlo de que lo que dices es justo, lleva consigo una responsabilidad que aumenta en proporción al talento. Un autor mediocre puede escribir lo que quiera. Hay un ejemplo que se cita a menudo: *Intolerancia*, de Griffith. Es en cierto modo la primera gran película de la historia, pero también es

una defensa del KuKluxKlan. Hoy sabemos que había esa agenda, pero sigue siendo una gran película a pesar de ello (y no gracias a eso). Un caso parecido sería el de Eisenstein, que estaba estrechamente vinculado al sistema comunista pero realizaba grandes películas.

En sus libros sobre la memoria, cita a algunos autores –Germaine Tillion, Primo Levi, Vasili Grossman– como ejemplos. ¿Qué es lo que admira de ellos?

Unas cosas de unos y otras de otros. Me impresiona de Vasili Grossman lo que había sufrido personalmente, sobre todo por la invasión nazi, porque los nazis habían asesinado a todos los judíos de su ciudad natal, veinte mil personas entre las que se encontraba su madre. Pero no se limitó a su dolor personal, sino que quiso comprender el sufrimiento de otros. Escribió *Vida y destino*, que no establece una identificación sino una equivalencia entre las dos formas de totalitarismo, el nazismo y el comunismo. Germaine Tillion estuvo en la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial y más tarde se encontró en la guerra de Argelia como testigo. Había hecho su trabajo etnológico allí y por tanto se sentía cerca del pueblo argelino. Pero al mismo tiempo, como resistente, se sentía muy patriota. A diferencia de otros antiguos combatientes de la Resistencia, no quiso aplicar la lección del pasado de forma literal y defender Francia contra los argelinos como antes contra los alemanes. Los grandes dirigentes del ejército francés de esa época eran antiguos combatientes de la Francia libre. Pero contra los argelinos estaban del lado del poder. Tillion era una patriota francesa que amaba a los argelinos. Comprendía a los dos bandos. Renunció a buscar una causa política justa y se comprometió con salvar vidas individuales, combatiendo la pena de muerte, la tortura, pero también los atentados del Frente de Liberación Nacional. En cierto modo, renunció a la batalla política y adoptó un combate humanitario. Es un ejemplo de fidelidad y coraje. Pero hay otros casos: Goya, en *Los desastres de la guerra*, no se contentó con la condena del ocupante francés, ni con cantar las bondades de los insurgentes españoles, ni con elogiar las ideas de la Ilustración que impulsaban los franceses, ni con reprobar el oscurantismo del clero que encabezaba la rebelión, sino que condenó la violencia, la guerra, el hecho de matar en nombre de una buena causa. Entendió que se puede matar en nombre de Jesucristo y en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad. La posición que adoptó es valiente y justa; por eso es uno de mis héroes.

La conciencia de la Segunda Guerra Mundial es una de las bases de la construcción europea. Ahora surgen pulsiones nacionalistas, y hay un regreso de la reivindicación particular, por ejemplo cuando Grecia reclama a Alemania reparaciones por la guerra. ¿Puede mantenerse la Unión Europea sin esa memoria común?

Es cierto que Europa se construyó contra un pasado. Se podría decir que Hitler y Stalin hicieron la Unión Europea. Se quería que la guerra fuera imposible; también que hubiera un régimen democrático y no una dictadura. Eso desempeña un papel. Pero más bien se trata de los imperativos, de los principios que dan sentido a la experiencia: el rechazo a la violencia en las relaciones entre países y un cierto tipo de régimen. Europa no quiso escribir un relato único de su pasado. Es razonable. La memoria española, italiana, alemana, francesa, británica no puede ser la misma. Europa oriental y Europa occidental no pueden tener la misma memoria. En Europa oriental el comunismo estuvo en el poder y aparece como opresor. En Occidente no: aunque también hizo otras cosas, allí defendió los intereses de los obreros. No se puede tener la misma imagen, porque la memoria se funda sobre los hechos históricos. Se puede hacer una historia compleja y mostrar que hay otros puntos de vista, por ejemplo sobre la Segunda Guerra Mundial. Sería bueno contarla desde el punto de vista de los franceses, los

alemanes, los polacos. Pero no creo que se vaya a olvidar muy deprisa. El ejemplo de Grecia muestra que no estamos cerca de olvidarlo. Es un uso que quizá no esté bien, pero continúa. En Francia no pasa una semana sin una película, un programa de televisión o una serie que hable de la Segunda Guerra Mundial. Por otro lado, es cierto que es necesario un ideal y ya no podemos presentar la paz entre vecinos, la ausencia de guerra, como un ideal, porque para las generaciones jóvenes ya no es un ideal sino una realidad. No puede tener la fuerza de una motivación. Quizá haya que encontrar otra motivación, pero no está en el pasado, sino en un ideal que sería más equilibrado que ese mundo hacia el que nos empujan las tendencias que amenazan la democracia: el neoliberalismo y el neoconservadurismo.

Tzvetan Todorov nació en Sofía, Bulgaria, 1 de marzo de 1939. Es lingüista, filósofo e historiador. Hace años adquirió la nacionalidad francesa.

Publicado originalmente en <http://www.letraslibres.com/revista/dossier/la-memoria-tiene-una-potencia-que-la-historia-nunca-alcanza?page=0,1>

Delmira Agustini

Amor

Lo soñé impetuoso, formidable y ardiente;
hablaba el impreciso lenguaje del torrente;
era un mar desbordado de locura y de fuego,
rodando por la vida como un eterno riego.

Luego soñélo triste, como un gran sol poniente
que dobla ante la noche la cabeza de fuego;
después rió, y en su boca tan tierna como un ruego,
soñaba sus cristales el alma de la fuente.

Y hoy sueño que es vibrante y suave y riente y triste,
que todas las tinieblas y todo el iris viste,
que, frágil como un ídolo y eterno como Dios,

sobre la vida toda su majestad levanta:
y el beso cae ardiendo a perfumar su planta
en una flor de fuego deshojada por dos....

Delmira Agustini nació en Montevideo, Uruguay en 1886 y murió en 1914.
Fue una de las más grandes poetas modernistas uruguayas.

María Eugenia Vaz Ferreira

Heróica

Yo quiero un vencedor de toda cosa,
invulnerable, universal, sapiente,
inaccesible y único.

En cuya grácil mano
se quebrante el acero,
el oro se diluya
y el bronce en que se funden las corazas,
el sólido granito de los muros,
las rocas y las piedras
los troncos y los mármoles
como la arcilla modelables sean,
A cuyo pie sin valla y sin obstáculo
las murallas amengüen,
se nivelen los pozos,
las columnas se trunquen
y se abran de par en par los pórticos.

Que posea la copa de sus labios
el licor de la vida,
el virus de la muerte,
la miel de la esperanza,
las beatas obleas del olvido,
y del divino amor las hostias sacras.

Que al erótico influjo de sus ojos
se empañen los cristales,
la nieve se calcine,
se combustione el seno
virginal de las selvas
y se empenache con ardientes ascuas
el corazón de la rebelde fémina.

Que al rayar de su testa iluminada
resbalen de las frentes
las más bellas coronas,
los lábaros se borren,
repliegue sus insignias
la faz del estandarte
y vacilen los símbolos ilustres
sobre sus pedestales.

Yo quiero un vencedor de toda cosa,
domador de serpientes, encendedor de astros
transponedor de abismos...

Y que rompa una cósmica fonía
como el derrumbe de una inmensa torre
con sus cien mil almenas de cristales
quebrados en la bóveda infinita,
cuando el gran vencedor doble y deponga
cabe mi planta sus rodillas ínclitas.

María Eugenia Vaz Ferreira nació en Montevideo, Uruguay en 1875 y murió en la misma ciudad en 1924.
Fue profesora y poeta, designada para dictar la Cátedra de Literatura en la Universidad de Mujeres.

Mario Benedetti

¿De qué se nutre la nostalgia?

¿De qué se nutre la nostalgia?

Uno evoca dulzuras
cielos atormentados
tormentas celestiales
escándalos sin ruido
paciencias estiradas
árboles en el viento
oprobios prescindibles
bellezas del mercado
cánticos y alborotos
lloviznas como pena
escopetas de sueño
perdones bien ganados
pero con esos mínimos
no se arma la nostalgia
son meros simulacros
la válida la única
nostalgia es de tu piel.

Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno Benedetti Farrugia, más conocido como Mario Benedetti, nació en Paso de los Toros, Uruguay, en 1920, y murió en Montevideo en 2009.

Escritor, poeta y dramaturgo, su prolífica producción literaria incluyó más de 80 libros, algunos de los cuales fueron traducidos a más de 20 idiomas.

Alfredo Zitarrosa

Si Te Vas

(zamba)

Si te vas, te irás sólo una vez,
para mí habrás muerto.
Yo te pido que me lo hagas saber,
quiero estar despierto.
Porque si te vas, yo quiero creer
que nunca vas a volver.
Dímelo y será mucho menos cruel,
yo siempre supe perder.

Si te vas, quiero verte partir,
saber que te has ido.
Sin adioses, el amar y el morir
nunca son olvido.
Pájaro tu piel, viento mi querer,
yo te puedo comprender.
Sin saber por qué no te podrás ir,
yo te quiero despedir.

(Estribillo)

Y no será por eso
que estemos separados.
Aunque no te marcharas,
lo nuestro está terminado.
Pero si te vas, yo quiero creer
que nunca vas a volver.

Si te vas, con amor o sin él,
debes irte ahora.
Tus nostalgias y tus fugas de ayer
ya no me enamoran.
Mírate vivir, sangre de gorrión,
te ha faltado corazón...
Yo bien puedo ser, si te quieres ir,
el que te ayude a partir.

Si te vas, no te vayas así,
llévate tu vida.
Si no puedes olvidarme y partir,
volarás herida.
Vete sin dolor, debes comprender
que soy el mismo de ayer.
No hay mejor amor que el que ya pasó,
se siente al decir adiós.

Alfredo Zitarrosa nació en Montevideo, Uruguay en 1936 y murió en la misma ciudad en 1989. Fue un cantautor, poeta, escritor y periodista, considerado una de las figuras más destacadas de la música popular de su país y de toda Hispanoamérica.

**cuadernos
del inadi 12**

www.cuadernos.inadi.gob.ar